



Necesitamos Madres Verdaderas

Hay un dicho famoso que dice: “La gran necesidad del mundo es de hombres, hombres que no se dejan comprar ni se venden, hombres que en el fondo de sus almas son sinceros y honrados, hombres que no temen llamar al pecado por su verdadero nombre, hombres cuyas conciencias son tan fieles en cuanto a sus deberes como es la aguja de la brújula que siempre señala al polo, hombres que defienden la justicia aunque los cielos les caigan encima.” Pero antes de poder tener hombres de esta índole necesitamos madres de carácter intachable.

Joaquín Miller tenía razón cuando dijo: “Las batallas más feroces que se han peleado, ¿os digo dónde y cuándo? Los campos no se hallan marcados en el mapamundi: fueron peleados por nobles madres.”

“Los hombres son los que sus madres los hicieron” dice Emerson. Napoleón dijo: “el destino futuro del niño es obra de la madre.” La madre de Daniel Webster no fue tan conocida como su hijo, el gran orador, pero muy temprano en su niñez ella le enseñó a leer la Santa Biblia. Cuando era todavía un muchacho pequeño Daniel ganó bonita navaja como premio por haber repetido en la escuela el mayor número de versículos, el profesor le interrumpió: “Ya estuvo.” Pero Daniel humildemente le dijo que todavía podía decir varios capítulos enteros que él había aprendido.

Benjamín West se llama “El padre de las bellas artes en América” y todo muchacho de la escuela sabe que él en cierta ocasión dijo: “Fue un beso de mi madre el que me hizo un artista.” La historia comprueba que los hombres grandes no resultaron grandes simplemente por casualidad. Eran los frutos de grandes esfuerzos de sus madres. Jamás hubiéramos sabido de Moisés si no hubiera primero una Jocabed.

Hace más de cien años en una cabaña sencilla y rústica en la parte sur de Indiana una madre estaba muriéndose. Sabía que su fin se acercaba y suplicó que su hijo de nueve años se le acercara. Le abrazó y en voz queda le dijo: “Hazte alguien, Abraham.” Aquella madre era Nancy Hanks de Lincoln. El muchacho se hizo alguien porque era Abraham Lincoln. No solamente llegó a ser presidente de los Estados Unidos de América. Fue uno de los más respetados y amados hombres de la historia. No cabe duda que aquella madre había orado con él y por él muchas veces, porque sabemos de la historia de su vida que Abraham Lincoln era hombre de oración.

El honorable Tomás H. Benton, que durante muchos años fue un senador de los Estados Unidos, en uno de sus mensajes en Nueva York se dirigió a las mujeres presentes y habló de su madre de la siguiente manera: “Mi madre me suplicó que jamás usara tabaco y desde aquel día hasta hoy jamás lo he tocado. Me suplicó no participar en juegos de azar. Tampoco le he hecho. Cuando tenía siete años me rogó que jamás tomara. Yo hice un voto de abstinencia total. Aquel voto ha quedado inquebrantable. Sean cuales sean los honores que he recibido, todos los debo a mi madre.”

Ricardo Cecil dijo: “Cuando era niño intenté hacerme un ateo, pero hubo una cosa que impedía. No podía pasar por alto el amor y el carácter cristiano de mi madre. Mi padre tomaba mucho

y mi madre, adolorida y triste por su trato cruel, no llevaba, a mi hermano pequeño y a mí, a un sitio aparte al pié de una pequeña colina. Arrodillandose en este lugar nos encomendaba a nosotros a Dios. Los trabajos duros y la rudeza de su marido le llevaron en pocos años a la muerte. A la edad de veintiún años yo era un muchacho de vicios, de corazón duro, obstinado y rebelde. Una vez pasé cerca de al casa de mi niñez y sentí un deseo irresistible de ver una vez más este sitio al pié de la colina. Allí estaba tal como cuando yo era niño. Pero la misma gramita testificaba que ningún pié había caminado por ese suelo después de la muerte de la Guía de mis años de niño. Yo me senté. Oía otra vez la vocesita que oraba por mí. Todos mis malos hábitos y mi rechazo a Cristo se me presentaban y me condenaban. No abandoné el lugarcito hasta haber depositado mi fe y confianza en mi Salvador. Las oraciones de mi madre hallaron su contestación en la gracia salvadora. Y hoy soy testigo vivo de la fidelidad de una madre y de un Dios que oye la oración.”

Tomás A. Edison dijo: “soy fruto del esfuerzo de mi madre. Tal fue la confianza que me tenía que yo sentí que tenía por quien vivir y una persona a quien no defraudar.”

El gran evangelista Dwight L. Moody dijo: “Todo lo que tengo y todo lo que he logrado en la vida, se lo debo a mi madre.” Son casi las mismas palabras de Abraham Lincoln, “todo lo que soy o espero ser”, dijo Lincoln después de haber llegado a ser presidente de los Estados Unidos, “Se lo debo al ángel de mi madre.” Un rabí judío escribió: “Siendo que Dios no podría estar en todos los lugares al mismo tiempo, hizo a las madres.” Felipe Brooks dijo: “La parte más feliz de mi vida ha sido mi madre, y mediante la ayuda de Dios le voy a querer más todavía.”

Orison Marden cuando escribió el tema, “La influencia de la madre,” escribió” “Muy raro es el hecho de que las madres forjadores del mundo se les da tan poco crédito y que con poca frecuencia sus nombres aparecen entre los grandes personajes del mundo. El mundo mira solamente a los hijos afortunados. Pero la madre es la escalera con la cual su hijo ha subido. Ciertamente su nombre y su fotografía no aparecen en la prensa. Es el hijo quien es elogiado y tenido en grande estima. Sin embargo es aquel rostro desconocido que hizo posible su triunfo y su éxito.”

Ruskin declaró que su madre era responsable por las bellezas y preciosidades de sus escrituras, porque a su rodilla ella había ayudado al muchacho aprender de memoria capítulos enteros de las Sagradas escrituras.

Las buenas madres, las madres de grandes hombres jamás se encuentran tomando sus cervezas en las cervecerías o bares y lugares semejantes. Su aliento jamás está contaminado por el desagradable olor del tabaco.

A una ancianita piadosa de los Amigos se le preguntó acerca de los cosméticos que ella usaba. Ella contestó ofreciendo esta receta espléndida: en mis labios USO LA VERDAD; para mi voz, LA ORACIÓN; para los ojos, LA COMPASIÓN; para mis manos, LA CARIDAD; para mi cuerpo, RECTITUD; y para mi corazón EL AMOR.” Esta receta eficaz nunca falla. Necesitamos madres de esta índole. A veces temo que la calidad de nuestras madres va menguando con el paso de los años. La fuerza de nuestra patria no consiste en su riqueza material, ni en sus numerosas bombas mortíferas ni en sus aviones que transportan estos agentes de destrucción. No son las cosas ni la prosperidad material ni las comodidades múltiples los que nos engrandecen. El secreto del verdadero poder de una nación es sus ideales, limpieza de vida, pureza de corazón, fe y confianza en Dios. Y las madres, las madres verdaderas son la fuente de estos ideales. Cuando las madres fallan en el cumplimiento de sus deberes sangrados, el cimiento del hogar comienza a desmoronarse. Tal como es el hogar es la nación. Las madres son las verdaderas constructoras del hogar.